

cimientos. Súpose primeramente que el canciller moscovita, que se había ido reconciliando por grados con los gabinetes de Londres y de Viena, no estaba unido á Bismarck por ningún vínculo, y esta seguridad había tranquilizado un tanto; en los siguientes días, el príncipe habíase atrevido á formular votos por una solución pacífica y, por último, había confesado que la ocupación del Luxemburgo por Prusia era muy discutible. La evolución se había consumado y el primer ministro del zar habíase colocado de un golpe al lado de lord Stanley y del mismo Sr. de Beust. La señal de este cambio fué una proposición emanada de San Petersburgo y consistente en dejar á una conferencia europea el arreglo de la cuestión luxemburguesa; de esta proposición teníase ya noticia en el momento en que Bismarck celebraba con el Sr. de Wimpffen la conferencia que hemos relatado, y sin duda esta circunstancia no había sido ajena al cambio de actitud del ministerio prusiano. Estando todas las potencias de acuerdo, no era posible que Bismarck, tan prudente como audaz, quisiera ponerse al frente de todas ellas; y en efecto, antes de fines de abril y después de una conferencia con el ministro del zar en Berlín, Sr. de Oubril, aceptó la proposición rusa.

Las invitaciones para la conferencia se expidieron en 1.º de mayo y fueron enviadas á todos los signatarios del tratado de 1839 y además á Italia; la iniciativa de la convocatoria había sido reservada al rey de los Países Bajos, soberano territorial del gran ducado; las sesiones comenzarían el 7 de mayo y el lugar de reunión sería Londres. Aun en aquellas horas de tranquilidad pudo temerse que los ardores del partido militar destruyesen de un golpe el trabajo paciente de los diplomáticos. El gobierno francés, sorprendido por la crisis, habíase dedicado con gran actividad á llenar los huecos del material y de los arsenales, y bajo el impulso enérgico del mariscal Niel (1) habíanse reunido provisiones, fabricado fusiles y comprado caballos, y por añadidura habían sido llamados á las filas muchos soldados que disfrutaban de licencia. Estas medidas de previsión, que no eran ni podían ser medidas de agresión, habían sido observadas por los oficiales del Estado mayor prusiano, quienes, después de haber soñado con una campaña fulminante contra un enemigo desprevenido, sentían gran despecho al ver que la ocasión se les escapaba. Según ellos, cada día que pasaba era una probabilidad menos de vencer, y esta convicción los desesperaba: «La cuestión del Luxemburgo, escribía Moltke, no traerá consigo probablemente ninguna hostilidad; para nosotros nada sería tan grato como una guerra que, á pesar de todo, es inevitable (2).» En las correspondencias militares encontrábase multitud de declaraciones parecidas, y Bismarck, ora porque se sintiera semiarrastado por la corriente belicosa, ó porque juzgara temerario combatirla demasiado abiertamente, se dejaba á veces influir por estas aspiraciones que se traslucían en sus despachos, y en telegramas, que á modo de reto expedía sin cifrar, protestaba vehementemente contra los preparativos franceses. En las Tullerías y en el muelle de Orsay habíanse hecho el firme propósito de conser-

(1) En enero de 1867 había reemplazado al mariscal Randon en el ministerio de la Guerra.

(2) *Lettres* de M. Moltke, mayo de 1867, pág. 267.

var la calma: ¿se mantendrían en esta actitud hasta el final? Un día (era la víspera de la inauguración de la conferencia) Bismarck envió al Sr. de Goltz el siguiente despacho, que no se tomó el trabajo de cifrar: «El señor de Werther comunica desde Viena que hasta el embajador francés autoriza ahora continuas compras de caballos en Hungría por cuenta de Francia.» Vivamente molestado, el Sr. Moustier expidió en seguida en la misma forma este telegrama al Sr. Benedetti: «El gobierno prusiano prosigue en gran escala las medidas militares de toda clase; además manda comprar caballos en todas partes, en Polonia, en Hungría y hasta en Irlanda. No queremos sacar de estos hechos deducciones desagradables, pero me creo en el deber de ponerlo en vuestro conocimiento para vuestra información personal (3).» Varios de nuestros diplomáticos comenzaban á observar cierta impaciencia; uno de ellos era el Sr. de Gramont, quien, después de una entrevista celebrada con el Sr. de Werther á propósito de los armamentos, escribía desde Viena: «Si no he podido vencer al ministro de Prusia de la sinceridad de nuestros sentimientos pacíficos es porque su gobierno le ha prohibido creer en ella;» y en forma más áspera que prudente añadía: «El gabinete del rey Guillermo hablará menos de nuestros armamentos cuando crea más en ellos (4).» Aterrado ante la presencia de estos síntomas, el Sr. de Beust, ese infatigable agente de la paz, insistía, en telegramas llenos de súplicas, en que se reuniese muy pronto la conferencia á fin de que apresurara sus trabajos para ofrecer sin tardanza á Europa una solución definitiva: «Nada quedará terminado, decía, mientras no haya tratado.» En el entretanto, en los centros militares berlineses, á duras penas se calmaba el hervor de las pasiones, que á lo mejor volvía á recrudecerse, resultando una extraña contradicción entre los diplomáticos que de antemano proclamaban la paz y los militares que de antemano también predecían la movilización. Todo se ponía en estado de defensa, particularmente la fortaleza de Luxemburgo, en la que durante todo el día, con gran estupefacción de los habitantes, se trabajaba en reparar y artillar las murallas, trabajo que se proseguía aun de noche, á la luz de las antorchas, como si se estuviera en vísperas de un sitio, no de un desmantelamiento (5).

Apenas comenzaba á calmarse esta agitación guerrera cuando se reunió la conferencia. Motivo habría habido para desesperar de la razón humana si toda la Europa reunida no hubiese podido decidir á Prusia á que abdicara de un derecho de guarnición que sólo se ejercía por una delegación de la antigua Dieta germánica, ya disuelta. Los trabajos de los diplomáticos duraron cuatro días, y de las deliberaciones de los plenipotenciarios salió un tratado que consagraba la soberanía de la casa de Orange-Namur sobre el gran ducado y colocaba á este principado entre los Estados neutrales. La consecuencia de la neutralización era la inutilidad de toda plaza fuerte; por esto se convenía que la ciudad de Luxemburgo, considerada en el pasado como plaza fuerte federal, sería desmantelada. Neutralizado el gran du-

(3) Véase *Papiers des Tuileries*, tomo I, pág. 237.

(4) *Correspondance inédite*.

(5) Véase Servais, *Le Grand-Duché de Luxembourg et le traité de Londres*, pág. 149.

cado, no existiendo ya la Confederación, y siendo Luxemburgo ciudad abierta, el derecho de ocupación desaparecía virtualmente. «Su Majestad el rey de Prusia, decía el artículo 4.º, declara que sus tropas, que actualmente guarnecen la fortaleza de Luxemburgo, recibirán la orden de proceder á la evacuación de esa plaza inmediatamente después de cambiarse las ratificaciones del presente tratado.» De este modo quedó estipulada, en provecho de Francia, la modesta garantía que reclamaba para su seguridad, y más aún para su honor, y en 11 de mayo los plenipotenciarios se separaron entre el rumor muy amortiguado, pero todavía perceptible, de las agitaciones que el malhadado asunto había promovido.

Dos días después, el Sr. de Moustier anunció á las Cámaras el desenlace de la crisis y la consolidación de la paz, en un breve discurso, exento de esa hinchazón que con harta frecuencia encontramos en las comunicaciones oficiales del segundo imperio. Recordó con gratitud los esfuerzos de las potencias y habló en términos amistosos de la misma Prusia; proclamó que el fin perseguido por Francia había sido no tanto engrandecer su territorio como proteger sus fronteras, y partiendo de aquí puso de relieve las modestas ventajas del tratado: un nuevo Estado neutral, especie de continuación de Bélgica, defendía nuestros límites septentrionales; la completa independencia del rey gran duque estaba asegurada; las fortificaciones contra nosotros levantadas en otro tiempo serían arrasadas, y los batallones instalados á nuestras puertas para vigilarnos se retirarían y volverían á sus acantonamientos de Alemania. Diputados y senadores aplaudieron este discurso, no con el entusiasmo de otras veces, pero con bastante unanimidad y con manifestaciones suficientemente prolongadas para dar al gobierno y al mismo país la ilusión de un triunfo. Y la verdad era que este último episodio de las *compensaciones*, en vez de terminar con un terrible conflicto, se acababa sin dejar más huellas que un mes de inquietudes y de cuantiosos gastos para el presupuesto de la guerra. A una campaña desgraciada había sucedido una retirada bien dirigida que salvaba el honor y aun más que el honor. Menos mal si con el arreglo de la cuestión luxemburguesa hubiesen podido borrarse las rivalidades, los odios, los malos recuerdos; pero ¿quién habría osado esperar una calma duradera después de todas las faltas cometidas antes ó después de Sadowa, y en presencia de las aspiraciones prusianas y de las suspicacias francesas?

V

Pero la tregua, aun siendo precaria, bastaba para poder entregarse al placer; y la gente se iba á entregar á él con tanto ó más ardor, cuanto que entre las ansiedades del ayer y las incertidumbres del mañana quedaría tal vez muy poco tiempo para divertirse. Después de las densas tinieblas surgía de repente sin transición la esplendente luz: desvanecidas las preocupaciones de la guerra, todos los pensamientos fueron para la Exposición.

Había transcurrido mucho tiempo, el suficiente para que se desconfiara de su éxito; la ceremonia inaugural celebrada en 1.º de abril, en lo más fuerte de las inquietudes, había dejado una impresión desconsoladora, co-

mo la que deja el bautizo de un niño enfermizo que parece sólo nacido para morir. Nadie tenía fe en ella, ni el público ni los expositores ni la comisión imperial, y la misma naturaleza, al igual que las pasiones de los hombres, parecía conspirar contra su buen resultado: en efecto, la primavera, que aquel año pareció una prolongación del invierno, lo envolvía todo en un velo de tristeza. No se veían más que vitrinas vacías, cajas cerradas, escasos forasteros, perplejos y más inclinados á marcharse que á completar sus instalaciones. Pero al fin todo se aclaró á la vez, el cielo que se desprendió de sus nieblas, la política que se serenó, y las almas que se



El barón Carlos Werther

abrieron á una confianza, á lo menos pasajera; y desde aquel momento, la capital, recobrada su normalidad, ingenióse en completar sus preparativos de fiesta, ofreciéndose desde mediados de mayo en todo su esplendor, embellecida por el sol, orgullosa con sus monumentos antiguos y modernos, armoniosa, amable, atractiva más que ninguna otra ciudad del universo, sonriendo á sus visitantes, dispuesta á enseñárselo todo con generosidad sin cálculo, y procurando agradar con un aumento de buena voluntad, como si quisiera reparar los días perdidos.

En 1855, el palacio de la Industria, adicionado con diferentes anexos, había parecido suficiente para la instalación de los productos franceses y extranjeros; en 1867, el número de expositores, que era de cincuenta y dos mil, en lugar de veinticuatro mil, el de los visitantes presuntos y el deseo de llamar la atención con un espectáculo cada vez más cautivador, habían sido causa de que se resolviera hacer una instalación más espaciosa. El sitio elegido era el Campo de Marte, que se recomendaba por su superficie, de unas cuarenta y cinco hectáreas, y por la proximidad del río y de varias vías de acceso; el plan general era el de un vasto parque sembrado de quioscos ó de pabellones, dispuestos los

unos para fines utilitarios y otros para el efecto pintoresco, para la fantasía ó para el placer, en medio del cual se había construido el palacio de la Exposición propiamente dicha. Consistía éste en un inmenso edificio circular, de una sola planta y de un óvalo muy pronunciado que ocupaba una superficie de más de diez y seis hectáreas y que, prolongándose desde el Sena hacia la Escuela militar, comenzaba á trescientos metros del río para terminar á unos doscientos metros de la avenida Lamothe-Piquet. No había en él ningún ornamento arquitectónico, ora por el deseo de ahorrar gastos tratándose de una construcción de duración efímera, ó porque se hubiese querido que la severidad del edificio principal contrastara con las formas extrañas de las construcciones diseminadas por el parque; pero si el aspecto exterior era poco elegante, en cambio la disposición interior, muy notable y ajustada á los planos del comisario general A. Le Play, era á la vez sencilla é ingeniosa. Consistía en una serie de círculos concéntricos con vías que á modo de radios atravesaban los sucesivos sectores, y cada una de esas galerías circulares estaba consagrada á una clase especial de productos; la galería más apartada del centro, es decir, la más espaciosa, estaba destinada á las máquinas, y luego venían, en espacios cada vez más reducidos, la de primeras materias, la del traje, la del mobiliario, la de las artes liberales y, finalmente, las de bellas artes y de la historia del trabajo, que tocaban al centro de la circunferencia. Así como estas zonas concéntricas estaban dedicadas cada una de ellas á una de las grandes clasificaciones de la industria, las vías transversales separaban entre sí las exposiciones de los diversos pueblos; de modo que el visitante podía, según sus gustos ó según el objeto de sus trabajos, adoptar dos métodos igualmente lógicos para explorar el palacio: si seguía los círculos concéntricos, encontraría todos los productos de la misma índole y podría compararlos unos con otros; si seguía las vías transversales, podría estudiar todas las diversas producciones de una misma nación. La extensión del Campo de Marte había permitido suprimir las instalaciones apartadas; un solo anexo se había establecido en la isla de Billancourt para los productos del trabajo agrícola. Tal era en sus líneas principales y en su aspecto material la Exposición de 1867.

Una Exposición universal, en la que se juntan todos los productos de la actividad humana, permite observar hasta en sus menores detalles los gustos, las modas y las tendencias de una época, y bajo este concepto refleja el estado social y económico, del mismo modo que unas elecciones generales reflejan el estado político. La Exposición de 1867 tuvo principalmente este carácter: parecía como que la sociedad imperial, antes de desaparecer, hubiese querido ostentarse tal como era ante el porvenir, para que el porvenir la estudiara y fijara su imagen.

Fué aquella Exposición la gran fiesta del París que se divierte, y no la fiesta de un día ó de una noche, sino la de seis meses de duración, una especie de comedia de magia transportada á la vida real y comunicándole sus aspectos fantásticos. Apenas entraba en el Campo de Marte, el visitante percibía una sensación rara, formada con colores de extraña diversidad, con líneas caprichosamente mezcladas, con gritos alegres,

ensordecedores, con osadas invitaciones que provocaban á todos los placeres y despertaban todas las pasiones. Solicitaban las miradas construcciones de toda clase y de todas dimensiones, estilos, épocas y países: faros, teatros, caravaneras, templos egipcios, pórticos griegos, pagodas chinas, quintas inglesas ó holandesas, apriscos tirolese, casas de postas ó *isbahs* rusas y viviendas suecas, todo esto dominado por el Oriente con sus mezquitas, cafés, bazares y con su serie de imitaciones bizantinas. No todas las construcciones eran bellas; muchas, por el contrario, eran de ejecución muy mediana y algunas de un gusto detestable; pero nadie podía substraerse á una impresión de asombro y todo el mundo contemplaba con atontada curiosidad aquel desordenado conjunto de edificios de frágiles cimientos, de pura apariencia, destinados á nacer y morir en una misma estación y que con su esplendor superficial simbolizaban bastante bien á la sociedad misma. Todo había sido combinado para que produjera un efecto pintoresco: aquí, unos campamentos árabes; allí, rusos con sus caballos, verdaderos caballos de las estepas; más allá, unos mexicanos subidos á la plataforma de una tumba azteca; en otra parte, músicos tunecinos que presentaban á un público abigarrado la muestra de un café-concierto al estilo berberisco; además, chinos, chinas y egipcios más ó menos auténticos, y, por último, infinidad de turcos. La esperanza de indemnizarse algo de los gastos generales de la empresa había movido á los comisarios imperiales á conceder, mediante pago, á varios grandes ó pequeños industriales ciertos derechos de instalación, y de concesión en concesión habían éstos invadido una parte del parque, montando en ella cervecerías, pastelerías, salchicherías y sobre todo una gran profusión de talleres fotográficos, establecimientos en los cuales se organizarían bailes, se cantarían cancioncillas, se celebrarían rifas y se enseñarían caballos del Ucrania adiestrados como perros sabios. Para muchos de ellos, un sitio en la Exposición tenía el mismo valor que un anuncio permanente en la cuarta página de los periódicos, y se les veía acosar á los transeuntes mostrando inmoderados deseos de vestirlos, alimentarlos, apagarles la sed, servirles de guía, conducirlos en coche, cepillarlos y proporcionarles descanso. Además hacían los mayores esfuerzos para atraer al público con sus muestras, sus transparentes, sus emblemas y sus gritos; y toda aquella algazara, hoy vulgar, ofrecía entonces, especialmente á los provincianos, un aspecto de novedad que divertía sin fatigar. Nunca la alegría fué más expansiva, más ruidosa que en aquellos momentos en que parecían invitar al recogimiento la gravedad de las faltas pasadas y la amenaza de los futuros peligros. Aun no se tenía idea de todas las atracciones extraordinarias que después se inventaron; pero ¡cómo se gozaba de todo ingenua, atolondrada, locamente, con una frescura de impresión no gastada por el hastío! La Exposición, con sus tiendas, sus barracas, sus juegos y sus torniquetes, parecía un campo de feria, pero prodigioso, el más animado que hubiera podido imaginarse. Con sus reducciones de los monumentos de todos los pueblos, producía la ilusión de un viaje alrededor del mundo; semejábale asimismo á una hospedería inmensa y, para hablar con propiedad, tan equívoca como brillante. Una policía demasiado complaciente se había descuidado de

reglamentar aquellos lugares; y bajo los toldos de los restaurahts ó de los cafés, multitud de mujeres escotadas, llenas de afeites, provocativas, vestidas de bávaras, de holandesas y de españolas, ofrecían en todas las lenguas viandas y bebidas de todos los países, y con su atrevimiento desconcertaban á los menos mojigatos. La gente decía que el color local excusaba todo esto. Pero el Campo de Marte, como esos grandes bazares que no desperdician ninguno de los caprichos de sus clien-

parque grande. Jamás habían los arquitectos paisajistas, los fabricantes de ríos, los ingenieros de la horticultura desplegado tantos esfuerzos para crear una naturaleza artificial: allí se había reunido todo cuanto puede halagar la vista, invernaderos, pajareras, acuarios de agua dulce y de agua salada, grupos de flores, estanques y hasta árboles corpulentos; allí jugaban los niños menos molestados por la muchedumbre; allí se escuchaban por la noche los vales de Strauss, y los visitantes ávidos



Napoleón III rodeado de su Estado mayor. (Cuadro de J. L. E. Meissonier. Museo del Luxemburgo.)

tes, abarcaba todos los artículos, aun los más serios; así es que, á pocos pasos de aquellas instalaciones, varios caballeros vestidos de negro y de aspecto muy afable distribuían con profusión Biblias. Había también una *sala evangélica*, en donde se predicaba en francés, en inglés y en alemán, y los que á ella acudían prestaban discreta atención á tan piadosos consejos y luego se alejaban con los bolsillos llenos de *tracts* benéficos de los que al año siguiente habían de encontrarse grandes fardos en los muelles. Tal era el espectáculo, asombroso por su variedad; y propiamente hablando, se contemplaba entonces por vez primera, pues en 1855 nadie hubiera soñado siquiera cosa semejante. En medio de aquel perpetuo tumulto, un solo sitio permanecía relativamente silencioso, el jardín trazado en la parte del Campo de Marte opuesta al Sena y que formaba una especie de pequeño parque aislado en el extremo del

de calma no se cansaban de admirar el poder mágico que, al golpe de su maravillosa varita, había hecho surgir de la arena aquel oasis elegante, umbroso, encantador.

El parque, que se extendía como un cinturón alrededor de la gran galería circular, había de ser, en concepto de los organizadores, el paseo animado y gracioso en donde el público descansaría en el intervalo de las visitas y en donde se situarían las instalaciones especiales difíciles de colocar en otra parte; pero muy pronto hubo de verse que lo accesorio perjudicaría á lo principal. Cuando un libro serio va precedido de un prefacio demasiado festivo, éste se lee ávidamente y el resto corre peligro de quedarse con las hojas sin cortar: en la Exposición de 1867, el prefacio, es decir, el parque, era en verdad demasiado retozón y en él se estacionaban los curiosos que se pasaban el tiempo delante de los re-